

quizofrénicos apenas son sino bocetos, pobres de melodía, llenos de perseveraciones (*Rentsh, Polki* etc.). Abí hay una cierta semejanza con el expresionismo de *Schoenberg* que buscaba «la expresión en sí» repudiando la melodía y la armonía clásicas, después del impresionismo de *Debussy* atareado en hacer entrar en las grandes formas — ópera, concierto sinfónico — a un tiempo grandiosas y para multitudes, la técnica y el sentido de las selectas formas pequeñas — piano, música de cámara — un camino que, según quiere *Salazar*, había sido preparado con *Beethoven*, y por *Chopin* con la riqueza ornamental y colorista de su armonía.

Se ha dicho ya que el esquizofrénico, con su tiempo roto, produce a menudo asociaciones por asonancia, rimas; pero, sin contar con que la ideación esté más o menos disgregada, la verdad es que la rima sola no hace la Poesía; a lo sumo hace aleruyas. Cada verso tiene en sí — fuera de la rima — su melodía y está impregnado del fluir del tiempo, según habla conocido *Lessing* cuando dice, en su «Laocoonte», que «el tiempo constituye el dominio del poeta, así como el espacio lo es del pintor». Pero el tiempo es ya en él la posibilidad de expresar lo invisible, lo abstracto sin alegorías, y las sucesiones. La descripción poética no es una descripción de minucias de forma, sino de episodios temporales llenos de afecto, y, así, tiene para *Lessing* todo el calor de la poesía auténtica la descripción homérica del cetro de *Agamenon* que relata su historia desde que lo forjara *Vulcano*, en vez de pintar su forma como para un cuartel heráldico. El tiempo de la poesía, lejos del frío tiempo patológico del esquizofrénico, es el tiempo vivido normal, lleno de deseos, de esperanzas, tal vez de oraciones y súplicas, en que se vuelca el alma entera.

